



La Santa Sede

BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

*Plaza de San Pedro
Domingo 17 de junio de 2012*

[Video]

Queridos hermanos y hermanas:

La liturgia de hoy nos propone dos breves parábolas de Jesús: la de la semilla que crece por sí misma y la del grano de mostaza (cf. *Mc 4, 26-34*). A través de imágenes tomadas del mundo de la agricultura, el Señor presenta el misterio de la Palabra y del reino de Dios, e indica las razones de nuestra esperanza y de nuestro compromiso.

En la primera parábola la atención se centra en el dinamismo de la siembra: la semilla que se echa en la tierra, tanto si el agricultor duerme como si está despierto, brota y crece por sí misma. El hombre siembra con la confianza de que su trabajo no será infructuoso. Lo que sostiene al agricultor en su trabajo diario es precisamente la confianza en la fuerza de la semilla y en la bondad de la tierra. Esta parábola se refiere al misterio de la creación y de la redención, de la obra fecunda de Dios en la historia. Él es el Señor del Reino; el hombre es su humilde colaborador, que contempla y se alegra de la acción creadora divina y espera pacientemente sus frutos. La cosecha final nos hace pensar en la intervención conclusiva de Dios al final de los tiempos, cuando él realizará plenamente su reino. Ahora es el tiempo de la siembra, y el Señor asegura su crecimiento. Todo cristiano, por tanto, sabe bien que debe hacer todo lo que esté a su alcance, pero que el resultado final depende de Dios: esta convicción lo sostiene en el trabajo diario, especialmente en las situaciones difíciles. A este propósito escribe san Ignacio de Loyola: «Actúa como si todo dependiera de ti, sabiendo que en realidad todo depende de Dios» (cf. Pedro de Ribadeneira, *Vida de san Ignacio de Loyola*).

La segunda parábola utiliza también la imagen de la siembra. Aquí, sin embargo, se trata de una semilla específica, el grano de mostaza, considerada la más pequeña de todas las semillas. Pero, a pesar de su pequeñez, está llena de vida, y al partirse nace un brote capaz de romper el terreno, de salir a la luz del sol y de crecer hasta llegar a ser «más alta que las demás hortalizas» (cf. *Mc* 4, 32): la debilidad es la fuerza de la semilla, el partirse es su potencia. Así es el reino de Dios: una realidad humanamente pequeña, compuesta por los pobres de corazón, por los que no confían sólo en su propia fuerza, sino en la del amor de Dios, por quienes no son importantes a los ojos del mundo; y, sin embargo, precisamente a través de ellos irrumpe la fuerza de Cristo y transforma aquello que es aparentemente insignificante.

La imagen de la semilla es particularmente querida por Jesús, ya que expresa bien el misterio del reino de Dios. En las dos parábolas de hoy ese misterio representa un «crecimiento» y un «contraste»: el crecimiento que se realiza gracias al dinamismo presente en la semilla misma y el contraste que existe entre la pequeñez de la semilla y la grandeza de lo que produce. El mensaje es claro: el reino de Dios, aunque requiere nuestra colaboración, es ante todo don del Señor, gracia que precede al hombre y a sus obras. Nuestra pequeña fuerza, aparentemente impotente ante los problemas del mundo, si se suma a la de Dios no teme obstáculos, porque la victoria del Señor es segura. Es el milagro del amor de Dios, que hace germinar y crecer todas las semillas de bien diseminadas en la tierra. Y la experiencia de este milagro de amor nos hace ser optimistas, a pesar de las dificultades, los sufrimientos y el mal con que nos encontramos. La semilla brota y crece, porque la hace crecer el amor de Dios. Que la Virgen María, que acogió como «tierra buena» la semilla de la Palabra divina, fortalezca en nosotros esta fe y esta esperanza.

Después del Ángelus

El miércoles próximo, 20 de junio, se celebra la Jornada mundial del refugiado, promovida por las Naciones Unidas. Con ella se quiere atraer la atención de la comunidad internacional hacia las condiciones de tantas personas, especialmente familias, forzadas a huir de sus tierras por las amenazas de conflictos armados y graves formas de violencia. A estos hermanos y hermanas tan probados aseguro la oración y la constante solicitud de la Santa Sede, mientras deseo que se respeten siempre sus derechos y que puedan reunirse pronto con sus seres queridos.

Hoy, en Irlanda, tendrá lugar la [celebración conclusiva del Congreso eucarístico internacional](#), que durante esta semana ha convertido a Dublín en la ciudad de la Eucaristía, donde muchas personas se han reunido en oración ante Cristo en el Sacramento del altar. En el misterio de la Eucaristía Jesús ha querido quedarse con nosotros, para que entremos en comunión con él y entre nosotros. Encomendemos a María santísima los frutos madurados en estos días de

reflexión y de oración.

Por último, deseo recordar con alegría que esta tarde, en Nepi, diócesis de Civita Castellana, será proclamada beata Cecilia Eusepi, que murió a los 18 años. Esta joven, que aspiraba a ser religiosa misionera, se vio obligada a abandonar el convento a causa de una enfermedad, que vivió con fe inquebrantable, demostrando una gran capacidad de sacrificio para la salvación de las almas. En los últimos días de su existencia, en profunda unión con Cristo crucificado, repetía: «Es hermoso entregarse a Jesús, que se entregó totalmente por nosotros».

(En español)

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española que participan en esta oración mariana. En el evangelio de este domingo, el Señor nos ha mostrado que el Reino de Dios es como una semilla que, aunque al principio puede parecer pequeña, sin embargo está llamada a crecer y a desarrollarse hasta convertirse en un árbol frondoso. Así también, que la vida de gracia y amor de Dios, sembrada en nuestra alma con el bautismo, y alimentada con la escucha de la palabra de Dios, la participación en los sacramentos y la oración constante, crezca continuamente y llegue a madurar en frutos abundantes de fe, esperanza y caridad. Muchas gracias y feliz domingo.